

El Salvador
NARRACIONES de las
GUARDIANAS



Johana Mejía
EL SALVADOR

SOY TIERRA Y AGUA:

mi caminar junto al Valle El Ángel





Tenía ocho años cuando ya quería correr, sin aun ser una atleta, sin previo calentamiento, sin ningún conocimiento de lo que implicaba caminar en las veredas de las comunidades salvadoreñas. A mi manera, empezaba a dar un par de consejos, a mirar lo que pasaba a mi alrededor y preguntarme el ¿Por qué y ¿Para qué? de lo que ocurría en mi entorno... Así fueron pasando los años y ya siendo una adolescente me acerqué a un camino espiritual que me hacía sentir que no todo estaba perdido, que sí podía ser una atleta; así que me animé a quedarme por aproximadamente dos años entrenando en esas veredas de solidaridad y de amor al prójimo. Ahora que lo recuerdo, doy gracias a mi mentora que me llevó en su vientre, por dejarme entrar en esa primera vereda, por no cortarme las piernas, las alas ni la sensibilidad.

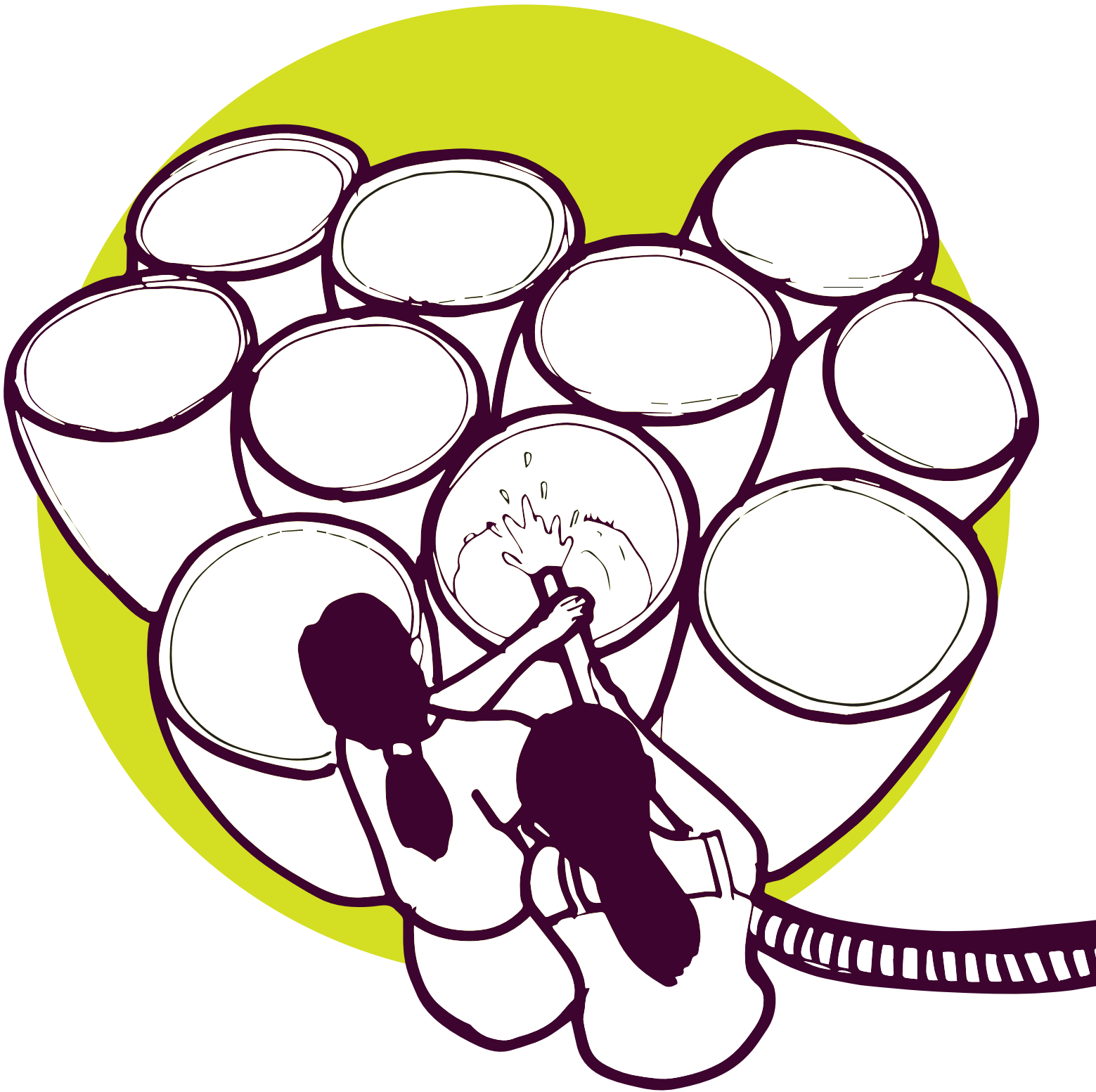
En ese camino pude ver que había más veredas por las que podía cruzar y deleitarme con los frutos agridulces de sus árboles. ¡Cuán buenos fueron esos tiempos!, de no haberlos vivido, no sé qué fuera de mí.

Caminé por muchos lugares, con el afán de ser luz en medio de la desesperanza de muchas personas... De aquellas vulneradas, desfavorecidas, violentadas, de aquellas a las que se les impuso (o les tocó) un día a día con menos privilegios de los que pude tener y conquistar. En todas las veredas que crucé, fui enamorándome de mi ser y pude sentir, y comprender que estaba en la vida correcta, esa que me quiebra de dolor y sufrimiento cada vez que veo, oigo, siento o huelo a desigualdad.

En las veredas comunitarias aprendí a amar la diversidad, a mirar nuevos horizontes, a retarme y a aceptar que valía la pena mi paso por la vida, y que, si no me posicionaba frente a ella como lo que era, no habían valido la pena los últimos treinta años... Así fue como llegó el dos mil dieciocho, cuando por razones que aún descifro, logré mirar el auxilio que mi vereda natal gemía. Era la comunidad que me vio dar mis primeros pasos la que pedía ayuda, y que yo no había podido mirarla años atrás, por estar entregada a mi amplio caminar que la vida me llevó a cruzar.

Me paré frente a mí ciudad natal... ¡Era mi Apopa querida!, lugar de agua, vapores, neblina y riqueza sociocultural que estaba siendo saqueada por las empresas a las que no les importa la vida, sino solo sus millones, ¡vil dinero que es extraído de la madre tierra! Y que le cuesta lágrimas y sufrimiento a mi pueblo.

Era evidente el desastre en el que se había convertido mi ciudad, el caos se apoderaba de ella, la insalubridad reinaba en las calles de las comunidades, el hacinamiento de ciertos grupos poblacionales era evidente, las carencias económicas, alimentarias y de todo tipo se profundizaban, y se violentaba una y cuantas veces fueran posibles los derechos constitu-



cionales. Pero no bastaba con este panorama, aun así, los gobiernos locales e instituciones del estado, se prestaban para poner a disposición del extractivismo al territorio, acabando con la poca naturaleza que quedaba en Apopa.

Eran una vez más la oligarquía y la burguesía asquerosa de este país que insistían en robarse el agua, la tierra y los bienes naturales del territorio; abriendo con esto las brechas sociales que tanto pesan sobre los hombros de quienes vivimos en territorios vulnerados. No bastaba con lo que ya nos habían arrancado, con los años de vida que nos habían arrebatado al saquear nuestra tierra, sino que se pretendía construir una “mega ciudad” bajo el discurso patético y falaz del progreso económico.

En ese momento supe, que había que quedarse en casa, en el territorio, defendiendo la vida de los míos, de las presentes y futuras generaciones, y salvaguardando la poca vida que le quedaba a la generación pasada.

Todo eso era un reto para mí, porque me enfrentaba al mar de dificultades y diferencias comunitarias típicas de los pueblos; pero peor aún, me enfrentaba al gran capital económico que con su poder te aplasta, te persigue, te acorrala, te intimida y te busca para herirte y debilitarte.

Ya han pasado dos años desde que me quedé a enfrentar junto a mi comunidad la lucha por la defensa del Valle El Ángel; lugar donde hemos vivido muchos sinsabores, donde se respira corrupción, impunidad, violencia, acoso y se esparce el miedo.

Acompañar a mi territorio, me ha llevado a experimentar sensaciones inimaginables... Lastimosamente no puedo describir lo que vivo, pienso y siento en cada una de las acciones impulsadas para defender la tierra que me vio nacer y crecer.

Estar en las marchas, defendiendo el agua, exigiendo una ley que regule el uso que históricamente se le ha dado a los bienes naturales en el país, solo ha podido provocar en mí, el arraigo en mis convicciones. En cada marcha, concentración, bloqueo de calle y más... solo puede aflorar en mí el deseo de justicia. Mi cuerpo grita, mi mirada reclama, mi voz lucha y mis ojos reflejan el anhelo de justicia hídrica y social para mí territorio. Mi cuerpo ha sido capaz de mostrarme las sensaciones más maravillosas de mi vida, cada vez que defendiendo el agua de mi comunidad porque cuando estás ahí, frente a aquel territorio destruido y puedes recordar su antes y después, solo te invade la impotencia, la rabia, pero también surge la entereza, la coherencia, la convicción, la valentía y la gana de quedarse enfrentando a las empresas que saquean mi tierra.



Basta con reconocer mis raíces para darme cuenta que aquello que todavía llamamos Valle El Ángel, pronto será historia, pues la mirada oligarca y burguesa esta puesta sobre mi pueblo, porque aquí hay riqueza, biodiversidad y un sinfín de recursos que pretenden ser arrebatados.

Buscar, querer ser y convertirse ser ambientalista en Apopa, junto al Valle El Ángel, cuyo camino ya está permeado por la destrucción, no es cosa fácil, pues el precio que se paga es alto; basta con ver cómo se te cataloga de antisocial, se margina, persigue, estigmatiza y violentan los derechos de quienes denuncian las injusticias para saber que, defender la vida, te convierte en blanco de cualquier arco por disparar. Pero mirar cómo se seca la microcuenca de la Periquera por los primeros efectos de la construcción de lo que será un proyecto habitacional de “primer mundo” y saber que la microcuenca del río Chacalapa está amenazada con desaparecer, hace que pueda levantar la mirada frente a cualquiera y luchar, aun a sabiendas de que difícilmente podremos vencer.

No es posible quedar inmovilizada ante tan cruel destrucción a la que ha sido, está siendo y será sometido mi terruño Apopense. Solo queda tejer redes de esperanza y la lucha organizada que alimenten la defensa de la vida y resistir hasta vencer.

El Valle El Ángel, me ha dado mucho, empezando por la vida, amigas, amigos y excelentes compañeras y compañeros de lucha. Me ha dado la oportunidad de enamorarme de cada centímetro de mi tierra y de mí. Por eso no me canso de alzar la voz y gritar que ¡El agua del Chacalapa se defiende!

... Desde el norte de la capital salvadoreña, donde aún existe El Valle El Ángel, en las faldas del volcán de San Salvador, las comunidades, seguiremos luchando y liderando las batallas que tengamos que enfrentar para defender la vida.

El Valle El Ángel es para mí, lo que tu lugar preferido es para ti... Ese lugar que te permite ser, hacer y estar